

NOTA BIBLIOGRAFICA

Un libro fantástico y apasionado sobre Claudio Bernard

Por el Dr. J. J. IZQUIERDO

Claudio Bernard, por Pierre Mauriac. 158 páginas 110 x 172 mm. París. 1941. Editions Bernard Grasset. Se trata de una obra, con la cual su autor da realización a su audacia de pintar a su manera y de tratar de comprender a su modo, al hombre de quien se había hecho una especie de dios. (143).* Las causas que le encendieron tan apasionado propósito, aunque no señaladas por él de modo específico, por el recorrido de la obra se ve que fueron resentimientos diversos en contra del hombre de su historia, motivados porque su nombre hubiera eclipsado injustamente a los de otros sabios (88); porque aunque no se hubiera dejado engañar por bajas adulaciones, por lo menos hubiera permitido, sin la menor protesta, que éstas sirvieran para formarle fortuna fraudulenta (94); porque encontraba injusto y excesivo, que se hiciera honor a Bernard, del concepto del determinismo moderno (96); porque sin haber sido médico se le propusiese como modelo de médicos (112) y se le tomara "como director espiritual" de la medicina contemporánea (124); porque su personalidad hubiese sido torcida, por unos para presentarlo como ateo (139), por otros para hacerlo materialista (140) y por otros, para poner su fama y su autoridad al servicio de un partido (150), y finalmente, porque se hubiera hecho de él la encarnación de una filosofía y de una moral científicas (155).

Da cuenta el autor de que a fuerza de meditación y de tenaz inquisición, llegó a forjarse la doble ilusión: visual, de que la máscara insensible del "modelo de serenidad" que contemplaba, al fin se animaba "con todas las expresiones del sufrimiento y de la angustia de su tormento" (143); auditiva, de que oía los gemidos que su tormento hacía salir de toda su obra (157). Voivenel objetó, desde luego, que tan fantásticas y personales apreciaciones no eran de mayor valor que las que se hacen de la sonrisa de la Joconda, a quién cada quien ve como puede, o como quiere (144), pero ello no fué obstáculo para que Mauriac perpetrara su revolucionaria tentativa, sin importarle que otros la calificasen de verdadero sacrilegio (145). Sin embargo, es posible que él haya creído que con su fantástica pintura ha logrado presentar lo mejor de Bernard, puesto que, formando parte de la carátula de su obra, reproduce un pensamiento de Goethe, según el cual "el temblor es lo mejor del hombre".

La conclusión a que llega Mauriac hacia el final de su obra, es la de que aunque Bernard fué un gran sabio, por su tormento fué además un pobre hombre, por el cual sintió admiración mezclada con un poco de

* Esta y las demás cifras señaladas entre paréntesis, indican las páginas en donde se encuentran en la obra revisada, las opiniones señaladas.

esa caridad que se debe al que sufrió ignorando la causa de su sufrimiento. (158). Sin embargo, como en la totalidad de la obra ocupa bien poco el relato de las proezas en que descansa la fama del gran sabio, y en cambio se le señalan con profusión defectos y errores, lo que el lector general sacará de su lectura, será una imagen vigorosa del "pobre hombre", y la impresión de que lo de "gran sabio" es tan sólo parte de la caridad que le hace el autor.

Repasemos primeramente algunos de los trozos con que Mauriac va trazando el "negativo" de la imagen que nos dejaron los contemporáneos de Bernard: estudiante perezoso y que sólo pudo ser retenido por el hospital cuando su corazón se prendió de una de las enfermas (12); gastador de parte de la dote de su mujer, para pagar deudas que le había dejado su padre (15); maravilloso observador y experimentador sin par, pero que también solía ser estupidamente sordo y ciego (84-85); polemista que se contradecía "sin vergüenza" (sic) y que hacía negaciones desafortunadas que mal podría disimular la excusa de aturdimiento (90); "falso humilde" que se defendía bien del orgullo, pero que acabó por sucumbir a él (91); autor que según Hillemand "se apropiaba villanamente las ideas" de Comte (99) o dejaba de atribuírselas por no aparecer como discípulo del positivismo, del que tenía opinión desfavorable (102); autor "de quien ya no queda ninguna observación que siga entera", ni cuyas obras "renombradas y caducas" son ya buscadas (111) y a cuya gloria, como mejor contribuyó su viuda, fué destruyendo su "Arturo de Bretaña" (12); hombre a quien no le preocupaba que el hombre muriese sin ser curado (121), y finalmente, filósofo de quien, como del médico del sainete, Mauriac hace mofa, llamándole "filósofo a fuerza" (125).

Mauriac puso interés muy especial en dedicarse a señalar los errores científicos de Bernard, atendiendo a lo frecuente que es que para juzgar de la obra científica, se haga referencia al resultado positivo y se dejen en la sombra los errores de que aquella se acompaña (86), y también, por la curiosa razón de que Bernard es "muy grande" (88-89). Su esfuerzo, sin embargo, carece de trascendencia, tanto porque lo negativo que señala es fracción pequeñísima en comparación con las realizaciones positivas de Bernard, como porque muchas de las críticas que le endereza, las hizo, no a la luz del estado que guardaban los conocimientos en tiempos de Bernard, sino en vista de lo que sabemos en nuestros días. Algunas de las observaciones defectuosas que le señala, lo fueron como consecuencia de la falta de precisión de los métodos de que pudo disponer para realizarlas. Las afirmaciones excesivas que le imputa (80-87) son perfectamente explicables en un hombre que estaba entregado con entusiasmo a tareas que, sin embargo, por lo general logró llevar a cabo sin dejarse desviar por la fantasía. Culpa a Bernard, de no haber apreciado el paso del azúcar absorbido por vía digestiva hasta más allá del hígado, y de no haber descubierto, aparte del hígado, otros lugares para su almacenamiento, como el sistema lacunario (88); pero tales cargos son excesivos, puesto que am-

bos órdenes de hechos no pudieron ser demostrados sino hasta que muy posteriormente pudieron ya apreciarse, gracias a métodos químicos más precisos. También le critica las "explicaciones que hizo del metabolismo de los glucidos" (86-88 y 114), pero esto también es excesivo, porque en tiempo de Bernard todavía no se hablaba de metabolismo y apenas si Bernard empezaba a entrelazarlo, cuando decía que en los organismos había un balance de reacciones constructivas y destructivas. Mucho menos se contaba todavía con elementos suficientes para establecer las etapas del ciclo que hoy conocemos.

El principio del determinismo y el método investigativo que describió Bernard como resultado del sagaz y honrado análisis que hizo para averiguar cuáles habían sido las directivas fundamentales que lo habían guiado para el logro de sus descubrimientos, fueron objeto en esta obra de muy especiales críticas que, sin embargo, revelan falta de cabal comprensión del pensamiento de Bernard.

Al determinismo lo tiene en tan poca cosa Mauriac, que lamenta que toda la obra de Bernard convergiera hacia él (104) y pretende que si Bernard no hubiese sido determinista, habría descubierto entre otras muchas cosas, el mundo de los microbios (105-106). Pero es que concibe el determinismo como una simple regla lógica (96) demasiado corta, que sirve de principio a un método demasiado mezquino (109), que sólo puede servir de guía útil en el laboratorio y para evitarnos el error en las cuestiones que con él se relacionan (109). Aunque el concepto así trazado es en extremo inapreciativo del que expresó Bernard, si Mauriac se hubiera atenido a él en el resto de sus críticas, al menos no hubiera dejado sin reconocer que Bernard circunscribía su determinismo exclusivamente al campo de los fenómenos de la ciencia, que separaba cuidadosamente del de la metafísica. No pretendía Bernard que el terreno de su determinismo fuese el único que existía, y por eso no sólo no fué materialista, sino que tal como lo reconoce Mauriac, se mostró severo con los materialistas de su tiempo (141). Mucho menos pretendió que lo metafísico dejará de seguir existiendo en el terreno extracientífico, pues reconocía que es necesidad humana, la de creer en algo y buscar las causas primeras y finales (146). De ahí que en sus obras no lleguen a descubrirse ataques en contra de la religión, a la cual, ya a punto de morir, manifestó a su amigo el P. Didon, que nunca había tenido la intención de atacar (147). Es más, decía que sólo por el cristianismo pueden soportarse los hombres los unos a los otros (147), y en algunas de sus notas privadas, que fueron publicadas después de su muerte, se encontró que había escrito que reconocía como causa inicial del mundo, a "una conciencia suprema que es Dios, luz universal que todo lo regula o lo ha regulado, pero que sin embargo, no reacciona directamente sobre los mundos" (145). Sin embargo, como pensaba Bernard que quienes dudan lo hacen a pesar de ellos, y que los que creen, creen también a su pesar (147); como escribió que así como había quienes no podían vivir sin fe y sin creencias, él podía vivir sin tenerlas (149), y como

asentó, además, circunscribiéndose siempre al terreno del determinismo científico, que allí ya no había ni materialismo ni espiritualismo (141), todo esto llevó a Mauriac, a culpar a Bernard, de no haberse declarado en favor del espiritualismo (141) y de haber estado golpeando a éste y a la metafísica (141); a considerar que la frase que Bernard repetía a menudo, de que "el día que muriera la metafísica sería un día de liberación para la humanidad", no había sido más que un estribillo anticlerical (137-138), y a que con Chauffard, le hiciera el cargo de haber prestado su nombre y sus palabras a los que atacan ciertas doctrinas y las entregan a las burlas de la multitud (150). Lo peor, sin embargo, es que llega hasta hacerle el cargo sin precedente, de insinceridad, pues tras de recoger la suspicacia de Nisard, a quien le pareció que Bernard "vigilaba su palabra y su pluma para no dar gajes ni a creyentes ni a incrédulos" (149); la fantasía de Mauriac le atribuye gran cuidado, tanto "para que los pensamientos que había lanzado sobre el papel no fuesen quemados, como para que no resultasen un testimonio" (151), y por ello lo supone "con el espíritu y el corazón desgarrados, consagrado a la contradicción y a la insatisfacción, y dejando a otros la conquista de las fuentes que adivina" (157).

En cuanto al método científico de Bernard, Mauriac lo presentó en la forma desfigurada en que lo concibe León Daudet, de "una idea preconcebida cualquiera, dentro de la cual pretendemos hacer entrar la realidad, prontos para abandonar la idea si no cuadra con la realidad" (109), y en consecuencia cayó en el exceso de pretender que el que Bernard hubiera seguido el método que basaba en el determinismo, significaba que había caído en las ideas preconcebidas, cuyos peligros tantas veces había señalado (86). Sin embargo, con sus afirmaciones de que "para sacar de la idea preconcebida las consecuencias comparables a los hechos, precisa deducir" y de que sólo la deducción larga y difícil, sometida al genio, es instrumento potente (110), Mauriac exhibe claramente que no se da cuenta de que como se inicia el método investigativo, con una idea a priori es por inducción y no por deducción.

Pero como Mauriac no aprecia su índole ni su importancia, sino que sólo se preocupa por criticar "la idea preconcebida rehabilitada de Bernard", lo que hace es menospreciarla porque "a veces nos extravía (110)". Su crítica es ociosa, porque el propio Bernard lo tenía tan reconocido, que por eso sostenía que todas las hipótesis deberían ser sometidas a la piedra de toque del experimento. Pero tal prueba no parece ser tenida en gran estima por Mauriac, puesto que hace a Bernard los nuevos cargos de haber "puesto fé demasiado viva en la experiencia"; de haberle dado valor absoluto para la confirmación de las hipótesis (89-90) y de haberla hecho objeto de culto sin freno. A este respecto, el extravío de Mauriac llegó hasta el grado de atribuir los errores que señala a Bernard, a que éste hubiera recurrido a la experiencia (90) sin tomar en cuenta que, al disciplinado empleo de ésta, es a lo que se han debido las conquistas científicas de Bernard y de tantos otros hombres de ciencia. Y no pasemos

por alto que, con haber hecho a Bernard el cargo adicional de haber atribuido a las experiencias valor probatorio absoluto, con relación a las hipótesis, Mauriac mutila nuevamente el pensamiento del gran maestro, que mucho insistió sobre la recomendación práctica de que al recurrir al experimento, no dejara el experimentador de estar dudando de sí mismo y de los medios que estaba empleando.

Por cuanto a las aplicaciones del determinismo a los fenómenos biológicos, encontramos al flamante crítico de Bernard, en posición que aunque nada difiere de la de sus críticos de hace un siglo, los progresos de la ciencia la hacen ya insostenible en nuestros días. Se sorprende de que Bernard hubiera "querido plegar la complejidad del cuadro de la materia viviente al cuadro de su doctrina" (114) y de que "simplificara lo complejo para no ver la verdad sino en lo simple que obtenía" (112), negando con tal crítica un principio metodológico tan importante, que Descartes no dejó de incluirlo en las famosas cuatro reglas de su *Método* (1637). Le pareció "un poco elemental" que Bernard buscara en el determinismo la luz acerca de las reacciones de los tejidos a las agresiones traumáticas, tóxicas, microbianas y psíquicas (113, 115, 124), y declaró dogmáticamente "que las reacciones humorales y psicosensoriales, son totalmente ajenas al determinismo de Bernard (124), que debería haber "buscado en otro arsenal, el arma suficiente para forzar las puertas de las tierras nuevas" (155). La verdad es que los progresos de las ciencias biológicas contemporáneas han sido conquistados con armas sacadas del arsenal recomendado y utilizado por Bernard, y no del que nebulosamente señala su crítico.

Para la Medicina, declara Mauriac que el determinismo no tiene ya el valor práctico que se le reconoce en la experimentación (113), y que en cambio considera que la despojaría de lo que tiene de más esencial, de la libertad (112). Mauriac se refiere, sin duda, a la libertad con que muchos médicos han gustado siempre de especular acerca del por qué de los fenómenos y que Bernard les criticaba, recomendándoles que mejor se interesaran por averiguar cómo se producen éstos. Mauriac lo contradice y declara enfáticamente que "los médicos tienen razón" (119) porque —dice— "una cosa es buscar el determinismo de un fenómeno, y otra descubrir el significado de las reacciones generales del individuo" (119) ...y "en el organismo viviente no está al gusto del médico aislar del conjunto hecho alguno" (120) ...en tanto que el fisiólogo sí escoge el engranaje que le agrada, para desmontarlo, descomponerlo, etc. (120). Sin embargo, el procedimiento que atribuye a la fisiología es el de la fisiología antigua, y no el recomendado por Bernard en íntima relación con sus importantes conceptos del *medio interno* y de la *unidad orgánica*, que establece precisamente lo que echa de menos Mauriac, o sea que entre los diversos órganos existen relaciones de interdependencia, que son establecidas por intermedio de los líquidos orgánicos y del sistema nervioso. Es indudable que una de las fases más novedosas de la fisiología contemporánea es, la que teniendo esta índole, consiste en el estudio de los mecanismos de correlación orgánica.

(Véase esta "Gaceta" 1941, tomo LXXI, página 598). Mauriac no calló que Bernard hubiera considerado al sistema nervioso como armonizador de los fenómenos del organismo (123), pero empeñado en sostener su falso retrato del Maestro, interpretó su opinión como "gestos de liberación" (123) del doctrinario, que a su pesar se libera del prejuicio que lo sofoca (122).

Bernard no dejó de reconocer que la clínica era un valioso medio de observación, del que dispone la patología, pero tras de insistir en que atendida a sólo él, la Medicina ya no podría seguir avanzando, señaló a ésta como nueva ruta el estudio experimental de las causas de la enfermedad, tendiente a analizar uno a uno sus síntomas y a referirlos a leyes y explicaciones que permitiesen relacionar el estado patológico con el normal. (En su Introducción, páginas 347 a 374 de la edición original). Mauriac, más preocupado por estar repitiendo que Bernard no fué médico (121, 124), ni clínico (120), se imagina que para él, la clínica no era "más que aplicar al hombre la regla que se mostró infalible en el laboratorio" (117), al que considera como "la sacristía en donde se prepara y ordena el culto" (122) que el médico rinde al enfermo en su santuario, que es el hospital. Además, pretendiendo probar que Bernard no veía en el hombre más que a un sujeto de experiencia (121), Mauriac violenta el sentido de las palabras con que Bernard refirió que Pinel, con fines pedagógicos evidentes, en un primer año, observaba con sus alumnos las enfermedades, y en el siguiente las trataba. A pesar de su diáfano sentido, le pareció que tales palabras revelaban la inhumana decisión de que el hombre quedara abandonado sin tratamiento (121), por lo que protesta, diciendo que "el animal de laboratorio puede esperar, pero no el enfermo" (120), "que puede morir si no es curado, de lo que Bernard no parece preocuparse nada" (121). Nada tan falso como mal intencionado, puesto que Bernard nunca pretendió tal monstruosidad, sino que reconoció que cuando el médico no pudiera actual todavía científicamente, tendría que seguir haciéndolo empíricamente.

Por último, en la Era en que vivimos, en que el triunfo de la Medicina Experimental está ya asegurado de modo definitivo y marca la ruta de progreso por donde seguirá encauzada la Medicina durante muchos años, Mauriac declara que la "Medicina Experimental, la única a los ojos de Bernard, no es más que una mutilación de la Medicina humana" (123). Si Bernard no la comprende —explica— es "porque ignora lo inasible y no quiere conocer más que los hilos del determinismo" (122) y porque se desinteresa de los misterios de la medicina práctica... como si en ellos no hubiese ciencia, y tan alta, que todavía no podemos alcanzarla" (122). Y como Bernard siempre consideró que los misterios quedaban colocados por fuera de la ciencia, Mauriac remata, declarando que con ello "no podía haber volteado de modo más completo la espalda a la Medicina y a la Ciencia" (124).

Como Mauriac sigue creyendo como los médicos de hace un siglo, "que la enfermedad echa por tierra el rigor experimental" (122), tuvo que declarar "que no seguimos a Bernard en la busca de la causa única de una

enfermedad"... porque "perseguir la causa eficiente de las enfermedades es un ejercicio prematuro" (113). Además, para desacreditar al determinismo científico de las enfermedades, preguntó si acaso el descubrimiento del bacilo de la tuberculosis ha servido para adelantar un paso en la curación de la tuberculosis, o los del hematocrito y de la quinina, para que aprendamos más de lo que el empirismo nos ha enseñado" (116). Aun suponiendo que de dichos conocimientos no se hubiera derivado ninguna aplicación para la práctica médica, la respuesta sería que en los problemas señalados, la Medicina no habría salido de su etapa empírica, para pasar a la científica, que de hecho va ensanchando cada vez más sus dominios.

En general, la Medicina experimental no ha sufrido en manera alguna con las críticas de Mauriac, que resultan victoriosamente combatidas, tanto por las mismas razones que Bernard dejó escritas en su célebre *Introducción*, como por los enormes progresos logrados por la Medicina científica contemporánea.

Publicaciones recibidas *

- D. Ignacio Torres.**—Manual de Partos dedicado especialmente a las parteras. México. 1858. Imprenta de Manuel Castro. Calle de las Escalerillas núm. 7. (Volumen dedicado a la Academia, por el Dr. Everardo Landa, socio de número).
- Revista de Estadística.**—México, Mayo 1942. Secretaría de la Economía Nacional. Dirección General de Estadística.
- Dr. Eduardo Aguirre Pequeño.**—Nota histórica sobre la transmisión experimental del mal del pinto. Sobretiro de la Revista "Medicina". Tomo XXII, núm. 409, Abril de 1942.
- Cor. Méd. Cir. Demetrio Mayoral Pardo.**—Bodas de plata de la Escuela Médico-Militar.
- Revista Argentina de Historia de la Medicina.**—Órgano oficial del Ateneo de Historia de la Medicina. Fundador y Director, Prof. Juan Ramón Beltrán. Año I, núm. 1, Enero 10. de 1942. Echeverría 1606. Buenos Aires.
- Sexto Congreso Nacional de Medicina Interna.**—(Córdoba, República Argentina), 16 al 21 de octubre de 1938. Actas y Trabajos, Tomo VI, Rosario. Establ. Graf. Pomponio, 1939.
- Academia N. de Medicina de Buenos Aires.**—Anales del Instituto de Investigaciones Físicas aplicadas a la Patología Humana. Año II. Volumen II. Establecimiento Tipográfico de A. Galdi Buffarini. Junín 845. Buenos Aires. 1941.
- Suplemento del Instituto Nacional de Bacteriología.**—Ensayos experimentales de vacunación del tífus altiplánico (epidémico) y del tífus africano

* Las revistas que se incluyen en esta Sección han sido recibidas por primera vez y por esto se hace mención especial de ellas.